

PROLOGO.

LECTOR:

Las páginas que vas á recorrer te probarán que el materialismo aun no lo ha invadido todo; que aun existen pechos generosos en los que, como un sagrado asilo, se ha refugiado el sentimiento. Aparte del interés de la amistad íntima que con el autor me liga, hélas recorrido con el de la curiosidad de hallar algo nuevo en ellas, y asegúrote que su lectura ha vertido en mi corazón lacerado por el escepticismo el bálsamo consolador de las creencias.

Nuestro siglo, en medio de sus pomposas conquistas y de sus decantadas magnificencias, ha llegado á la abdicacion de los sentimientos mas puros sobre la piedra estéril del positivismo, que una filosofia destituida de trascendencia tuviera á bien poner por fundamento de nuestro

edificio social. El hombre ha logrado con ellas transformar la superficie del planeta que por morada le fuera concedida, puede con razon vanagloriarse de haberse erigido un pedestal inmenso como señor de la materia, es verdad; pero tambien es cierto, que por esa ley fatal de las compensaciones, el materialismo se ha infiltrado en sus nobles facultades, rebajándole hasta la triste condicion del autómeta.

Los pueblos como los individuos, impulsados irresistiblemente por esa gravitacion humana que se llama el progreso, verdadero árbol de la ciencia del bien y del mal, cuyos frutos prometieran al hombre su deificacion, inquietos, jadeantes, sin darse punto de reposo, atraidos por el engañoso miraje de la dicha, corren, se precipitan en pos de su falsa imágen que jamás logran alcanzar.

El presentimiento de la felicidad, con frecuencia extraviado, desorientándonos las mas veces en el oceano de la vida, á semejanza de la aguja magnética bajo el influjo de ciertas tempestades eléctricas, pero siempre pronto á darnos la indicacion de un polo misterioso, es la clave de las transformaciones que las sociedades experimentan en el fondo de sus costumbres.

Hoy, ante el espectáculo grandioso de los caminos de fierro, de los telégrafos, de esos Levia-

thanes con que el génio combinado con el arte puebla los mares, y que traen á la imaginacion deslumbrada el recuerdo de aquellos monstruos que segun la fábula habitaron las ondas en un período remoto á la aparicion del hombre sobre la tierra; ante ese espectáculo, enmudecen las aspiraciones inmateriales del espíritu, y la dulce y consoladora esperanza de una vida superior, en que el alma no necesitará del organismo carnal para sentir, viene á ser sustituida por la conviccion de que el porvenir de la humanidad se halla circunscrito á los angostos límites de esta diminuta esfera suspendida bajo del sol. La ley del progreso llega á ser por ese medio, la simple ley de las modificaciones de la materia; y la humanidad, la perpétua é incesante metempsícosis de las generaciones, condenadas á sucederse dentro de las playas estériles del tiempo, como las olas de un mar sin límites, azotadas por brisas sin frescura ni perfumes en una direccion fatal.

De ahí el indiferentismo de nuestro siglo por todo aquello que no afecta una forma material. Dios no es ya sino una mera abstraccion, que no vale la pena de ser estudiada; la religion un mal hábito, una preocupacion del pasado, que solo el espíritu de tolerancia de la civilizacion moderna puede hacer soportable. El indiferen-

tismo en materia de religion, conduce forzosamente al indiferentismo social, al indiferentismo político. Desde el punto que nuestras relaciones con el Sér Supremo llegan á ser hipotéticas, no hay por qué esperar reposen las que necesariamente llevamos con nuestros semejantes sobre otro fundamento distinto del interés egoista. La muerte de la caridad, hace inverosímil la filantropía; la ausencia de creencias religiosas, relaja las convicciones políticas, y la condicion de esclavo ó de víctima, de tirano ó de verdugo, se hace consistir puramente en un azar de la fortuna, sin conceder á la moral la intervencion mas insignificante.

Por eso la historia nos hace observar que la fundacion de los sistemas políticos mas avanzados, de las instituciones dotadas de mas nobles tendencias, coincide con las épocas en que la fé religiosa estuvo mas arraigada en el corazon de los pueblos fundadores.

Vano escrúpulo se reputa hoy la consecuencia política, si ella nos impide llegar al altar colmado de dones del Becerro de Oro; estúpida abnegacion á los sacrificios por la santa causa de la libertad. Honor, Patria, afectos, todo se inmolaba al interés. La utilidad sustituye á la moral, y el éxito ennoblece todas las infamias. Ni el

trabajo, ni la virtud son el camino del mérito. Antes se clasificaban los hombres de honrados ó pícaros; al presente no hay mas que bonachones ó entendidos. «Házte rico,» es el último consejo que los padres murmuran al oido del hijo que va á hacer su entrada en el mundo, lo demás importa poco.

¿Qué mucho, pues, que algunas almas cándidas deploren la desnudez de afectos de nuestra época, si ellas sirven tan solo para acusar el desconocimiento mas absoluto del grado de cultura que la sociedad ha alcanzado?

Y bien, lector, el libro que ahora tienes en las manos no participa de las ideas que constituyen el fondo de nuestras propensiones actuales. Es un libro que parece escrito en aquellos buenos tiempos en que nuestros antepasados, excenta el alma de inquietudes, se solazaban á la sombra de los fresnos, bajo el dosel de ramas y flores entretegidas por la naturaleza, á las dulces melodías de una cítara ó de una flauta.

Su autor, al escribirlo, se ha apartado de la corriente que en sus cenagosas ondas nos arrastra. Digo mal; su autor ha tenido el tacto de abandonarse á su carácter, de dejarse guiar por sus propias inclinaciones. Ha cantado al afecto, á la ternura, á esa inefable disposicion de nues-

tra alma que la hace accesible á las emociones de un órden enteramente moral, deleítándola sin conmovér-la. Por eso decíate, lector, que la lectura de estas páginas causaron en mi ánimo un indefinible regocijo.

Sé muy bien que no serán comprendidas ni estimadas por los séres que buscan la dicha en el aturdimiento de los goces materiales. Engolfado su espíritu en el lago de plomo del epicureismo mas estúpido, embotada su sensibilidad, perdidas las nociones de lo bello en el estragamiento de sus gustos, son incapaces de percibir las tiernísimas armonías de la soledad, los encantos del valle alfombrado de musgos y florecillas, las vagas melodías del bosque suavemente estremecido por impalpables céfiros. Para ellos esas bellezas carecen de atractivo. Si á alguien se atreve á cantarlas, no les demande atención, que si un momento la detienen, es para exclamar con afrentoso desden: «Id á entonar vuestras añejas cantinelas á los cobertizos de los pastores, la civilizacion tiene una poesia mas elevada.»

Decididamente, los tiempos de las églogas y de los idilios pasaron ya. El perfumado rosal que abrió sus botones á las primeras caricias de la aurora, en vano reclamará las miradas de las

bellas, embargadas en contemplar al traves de la vidriera del negociante el tentador colorido de la crujiente seda; inútilmente los trovadores de la selva inundarán los espacios de armonía con sus himnos no aprendidos, para saludar la luz, nadie los escuchará, de miedo de perder sus disposiciones acústicas. Y si hay quienes contemplen con hipócrita admiracion las sonantes cataratas, estoy cierto que es mas bien por que su brillo y su sonido les hace el efecto de una cascada de pesos fuertes, que por la belleza intrínseca del fenómeno.

Por fortuna, este libro no ha sido escrito para séres semejantes, á quienes son perfectamente aplicables estos versos dedicados por el autor á Rosas Moreno, á ese otro hijo mimado de la armonía que tantas glorias alcanzará para las patrias letras:

Ayl esos nunca saben
Lo dulce que es gemir en el quebranto;
En sus almas no caben
Las lágrimas del llanto. . . .
Esos jamás comprenderán tu canto!

Esto constituye en sí una falta, porque el medio de sacar ventajas de la publicacion de un libro, es hacerlo agradable á todos. No importa que la estética se recienta de ello, no importa que el autor sacrifique al éxito las reglas del

PROLOGO.

buen sentido y de la belleza, si al fin puede por toda disculpa repetir con el insigne vate:

*El vulgo es necio, y pues lo paga es justo
Hablarle en necio para darle gusto.*

Mi buen amigo no ha querido hacerlo así. Aconsejábale se acojiese á la proteccion de los dispensadores de la gracia literaria, que no se fijase demasiado en el sentido de lo que queria espresar, y que prefiriese el estilo bombástico y las ampulósidades de la fecunda verba neológica, al estilo sencillo y á las palabras que aunque castizas todo el mundo comprende, pero mi amigo es demasiado humilde, demasiado modesto para llamar á las puertas de los príncipes, para pretender levantarse á la altura de los poetas cuyos acentos llegan hasta nosotros como el rimbomboso fragor de las tempestades. He aquí por qué me encomendó este desaliñado prólogo; hé aquí por qué en sus versos apenas si se encuentra uno que otro lirismo al estilo hugiano, como algunos calumniadores han dado en llamar al que no es sino ridículamente hinchado.

Por mi parte, no guardo ningun rencor al poeta. El ha preferido al ahuecamiento en el decir, que revela la ausencia de ideas, el estilo sencillo que pone todas sus formas al descubierto del escalpelo de la crítica. Desventurado de él

PROLOGO.

si dá en manos de los Aristarcos! Allá se las haya.

Amo lo bastante al autor para no inspirarle la idea de que este su pequeño libro carezca de muchos defectos. El mismo no lo creeria, y así lo ha hecho comprender en el epígrafe que ha puesto al frente de su obra. La imperfeccion es el sello de las humanas producciones. El Poeta nos ha dicho:

.....non ego.....
Offendar maculis quas.....
.....humana parum cavet natura.

Solo sí sabré decir que no ha estado á mi alcance señalar esos defectos, y para ello hay dos razones de suyo poderosas. Es la primera, el cariño fraternal que al autor profeso, cariño que se remonta á nuestros bellos días de la edad de oro, el cual me hace acojer con entusiasmo todas sus producciones; sea la segunda, y esta es la fundamental, que estoy destituido de las nociones prosódicas mas rudimentales, y que en materia de estética literaria, no soy mas que un profano, dotado de bastante audacia para no respetarla. Sírveme de excusa el haber otros mas audaces.

Hecho este *confiteor*, lícito me sea formular la opinion que de Peon Contreras, como poeta, me he formado.

PROLOGO.

Créolo un inspirado hijo de Apolo. El fondo de su estro es la ternura. Son sus cantares lánguidamente dulces, tan dulces, que si yo no los hubiera oído brotar de su lira, los habría atribuido á un númen femenino. He oído decir que los médicos pierden la sensibilidad; Peon Contreras es la mas elocuente protesta contra semejante aseveracion. Médico, y médico de nota, goza de una sensibilidad extrema, á lo cual debe acaso el carácter de su poesía. Sus producciones lo acusan de poca versacion en el idioma. La expresion de sus ideas suele no corresponder á la nobleza y elevacion de ellas. Esta es cuestion de estudio, y mi amigo es un sacerdote fervoroso del arte. Su imaginacion vivísima vierte con profusion en sus versos las mas delicadas imágenes poéticas. He aquí ejemplos de ello:

No es ya la vida el caos turbulento
Donde va la existencia despeñada
Al rudo empuje de aquilon violento.

Es la mar trasparente y sosegada
Do nuestra barca sin timon navega
Por aligeras brisas impulsada.

.....
.....
.....
Barca gentil!.... en ella dulcemente
Reclinada la tierna compañera,
Al beso brinda la serena frente.

PROLOGO.

Allí la sed de su pasion primera
Sacia de nuestro amor en la ternura
Y á nuestro amor sonrie placentera;

Ni una rápida sombra de amargura
Dejar se atreve su impalpable huella,
Sobre el cristal de su mirada pura.

Con la expresion de estos deseos se despide
del rio TILAPA:

Que fuera siempre mi conciencia, siempre,
Clara como tus aguas cristalinas,
Suave mi voz como tus leves ondas,
Y mis miradas, como tú, tranquilas.

Hablando de la guerra, dice:

Como el invierno frio
Los campos seca y mustios los convierte
En triste erial sombrío,
La Guerra de tal suerte
Lo torna todo estrago, y ruina y muerte.

La siguiente bellísima imagen, sirve de prelu-
dio á su composicion dedicada al ilustre bardo
cubano RAFAEL MARIA MENDIVE:

Como el rumor del viento estremecido
Que agita los palmares
De tu Cuba gentil, tu Eden perdido,
Así un momento á regalar mi oído
Llegaron tus magníficos cantares.

En la cual se encuentra esta otra no menos
bella: